

Kum Anima Animalis



“Nada de lo que aprendemos de piel para adentro lleva manual de instrucciones a seguir.

Nada ni nadie nos pone límites al sentimiento de todo aquello que nace arraigado desde el corazón”.

Este libro nace de la esperanza...

esperanza de algún día poder construir un mundo mejor, un mundo lleno de respeto al prójimo, basado en la ayuda mutua y donde las injusticias no tengan cabida ni hacia nadie ni hacia nada.

“Solo es un pájaro”; “solo es un gato enfermo” o “solo es un perro pulgoso” son frases que acaban en “solo es un mendigo”, o “solo es un inmigrante”... En realidad, no es sólo un pájaro o sólo un mendigo o sólo un perro pulgoso, es mucho más, es la sociedad en la que queremos vivir, la que queremos reconstruir.

Creemos firmemente que nuestros jóvenes son el futuro y que hay que esforzarse por ofrecerles una educación en valores, que nos ayude a prosperar como sociedad. Para ello contamos con la ayuda, en este caso, de los perros. De tantos y tantos perros rescatados y rehabilitados que no entienden de odio ni de rencor. Solo comprenden el horror de ser abandonados, tirados como si no valiesen nada. Precisamente a ellos, que son la alegría de muchos hogares y que hacen más hogares nuestras casas con su presencia...

Este libro comenzó siendo una aventura de dos, pero ha terminado siendo un proyecto cooperativo y solidario, en el que cada cual ha puesto su granito de arena y no queríamos dejar pasar la ocasión de mostrarles nuestro agradecimiento a todas ellas: Inma Becerra Parra, que nos ha regalado la historia de Killo; A Lola Cano que desde su inmensa generosidad nos contó la historia de Hugo; M^a del Mar Rebollo Olleta, la veterinaria que atendió a Montsi y que no ha dudado en dejar plasmada su visión (y, por supuesto, su hijo Jesús González Rebollo, que a su corta edad ha querido participar también de este proyecto). Sin todas ellas este proyecto no tendría sentido. Fue el comienzo.

Pero una vez que tuvimos las historias nos dimos cuenta de que había mucho trabajo por hacer: reescribirlas, hacer las ilustraciones y maquetarlas. En realidad, no supimos por dónde empezar, así que apareció ella: María Barrios Álvarez, nuestra ilustradora, que con su creatividad y delicadeza ha realizado las mejores ilustraciones que podíamos tener. Yolanda Molano que nos regaló el título y gran parte de esta Introducción. Luego como quien no quiere la cosa y sin pensárselo dos veces apareció Mariage López, que desde su sensibilidad plasmó en papel todo aquello que queríamos expresar y no sabíamos cómo hacerlo, nos hiciste llorar, tenemos que reconocerlo. Y al final cuando ya casi estaba todo, faltaba una de las cosas más importantes: la maquetación. Parecía una misión imposible porque somos unas absolutas analfabetas en ese campo. Y como caída del cielo en el último minuto apareció en nuestras vidas Vicky, ella nos entendió desde el primer momento y captó nuestra idea tan bien que acertó a la primera.

Jy el resultado es así de chulo!

El mundo

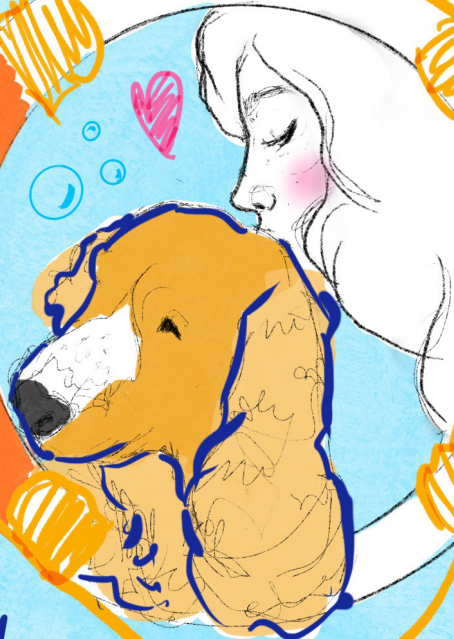
es y

Será

de

valientes

como
tú



la buena

Todo comenzó un día cualquiera.



cuando una amiga y yo comentábamos la facilidad que había para comprar un animal en internet, algo que muchas veces es ilegal y casi siempre es inmoral. Algo tan sencillo como teclear en la barra de búsqueda de Google “comprar un perro”. Así fue como lo encontramos a él; un cocker pequeño de cuya garganta pendía una cadena más pesada que su propio cuerpo. Junto a la foto podía leerse el texto del anuncio: “Cocker puro de un mes y medio, con pedigrí. Su precio ha bajado a 1 000 euros debido a que por su hiperactividad no es apto para competiciones”.

Por suerte mi amiga conoce las leyes que imperan a este respecto.

—Lo más importante es que todo esté por escrito —dijo.

Nos pusimos manos a la obra. No queríamos que ese animalito creciese atado a una cadena. Era cierto que no podíamos salvar a todos, pero sí aportar nuestro granito de arena en ese inmenso desierto que es la lucha contra la venta de animales. Donde hay grandes ganancias sin demasiado control suele haber corrupción, y donde hay corrupción, siempre hay dolor para la parte más débil; en este caso, los animales.

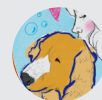
Después de intercambiar con los vendedores algunos correos electrónicos, llegó el día en el que debía efectuarse la compra. Nos citaron en un descampado un lunes de invierno y fuerte tormenta, casi al anochecer. Recuerdo ese día como si fuera hoy mismo. Al pequeñajo lo hicieron bajar del coche con un fuerte tirón de la cadena (la misma con la que aparecía en la foto de internet); casi le rompen la cabeza al pobre. No pude evitar enfadarme y decidí que se había terminado la cortesía. Cogí al perro y les di 80 euros en concepto de gastos veterinarios y gasolina, ya que, después de todo, me pareció lo justo. Aun así se mostraron ofendidos, y no dejaban de injuriarnos y proferir amenazas.

—Vosotros veréis —dije con el pequeño en brazos—: o nos llevamos al perro, o ponemos una denuncia por maltrato animal. Lo tenemos todo por escrito, y ahí al lado está el SEPRONA que nos ha acompañado hasta aquí.

—Esto no se quedará así; tendréis noticias nuestras —porfiaron antes de irse.

Lo cierto es que han pasado diez años desde entonces y nunca más volvimos a saber de ellos.

Lo primero fue ponerle un nombre al pequeñajo, no nos complicamos mucho la vida, era un cocker, así que





le llamamos Coqui. Luego llegó el momento de revisión para quitarle todas las pulgas y garrapatas. Yo me quedé con él. Al principio el pobre animal no dejaba de llorar, y ahí fue donde comencé a dormir con los perros. En cuanto se acurrucó se quedó frito, incluso emitía algún que otro ronquido.

A partir de aquel día comenzó nuestra andadura juntos, hacíamos excursiones y disfrutábamos de la naturaleza. El agua era su mejor compañera; se tiraba de cabeza e inconsciente de cualquier peligro, ya fuera en lagos, ríos o cualquier charco donde hubiera un poco de líquido. Mis amigas, divertidas, acabaron apodándole “la lancha motora”.

También entrenábamos con ejercicios de obediencia y algún que otro deporte canino, y hay que decir que era una máquina. Todo iba de maravilla. Me acompañó en momentos muy duros de mi vida, y a veces creo que gracias a él pude superarlos. En los días largos en los que yo sólo quería estar encerrada, él me traía la pelota, una y otra vez, o la correa, y movía muy rápido el culito, a falta del rabo, que le amputaron cuando nació. A menudo frotaba su nariz en mi cara para que me levantara, algo que a veces me costaba lo indecible; y me ha apoyado durante los tres postoperatorios por los que he tenido que pasar. Coqui ha sido el mejor cuidador que jamás pude tener, y por todo eso le estoy y estaré eternamente agradecida.

Hace tres años tuvo su primer ictus, aunque creo que yo lo pasé peor que él. No estaba preparada y sentí que le había fallado. Por fortuna lo superó y no le quedó ninguna secuela. La única preocupación es que podría volver a sufrir otro en cualquier momento, pero pasó un largo tiempo sin que volviera a repetirse, hasta que hace unos meses volvió a ocurrir. Corrimos a la clínica veterinaria de nuestra amiga, y nunca olvidaré su cara.

—Sé lo que Coqui significa para ti, pero tienes que conocer la situación.

Me explicó que las posibilidades de que le afectase a los órganos vitales eran de un noventa y nueve por ciento. Yo no era capaz de soltar una lágrima, pero me temía lo peor. Superar un ictus era posible, pero salir bien parado de dos es algo muy raro. Por increíble que parezca, el empeño de vivir de Coqui logró el milagro, y tampoco esa vez le quedaron secuelas de ningún tipo. Al poco tiempo le salieron dos bultitos en las patas de atrás, pero también lo superó. Su entusiasmo y vitalidad no decayeron jamás. Estoy convencida de que el amor que recibía fue vital para alentar su perseverancia.

A día de hoy es un abuelito, un campeón y un maestro que me ha enseñado muchas cosas que me hacen valorar mucho más la vida. Cada día me preparo para cuando llegue el momento en el que cruce el arco iris, pero hasta entonces disfrutamos de cada día juntos como si fuera el primero, y a la vez, el último.

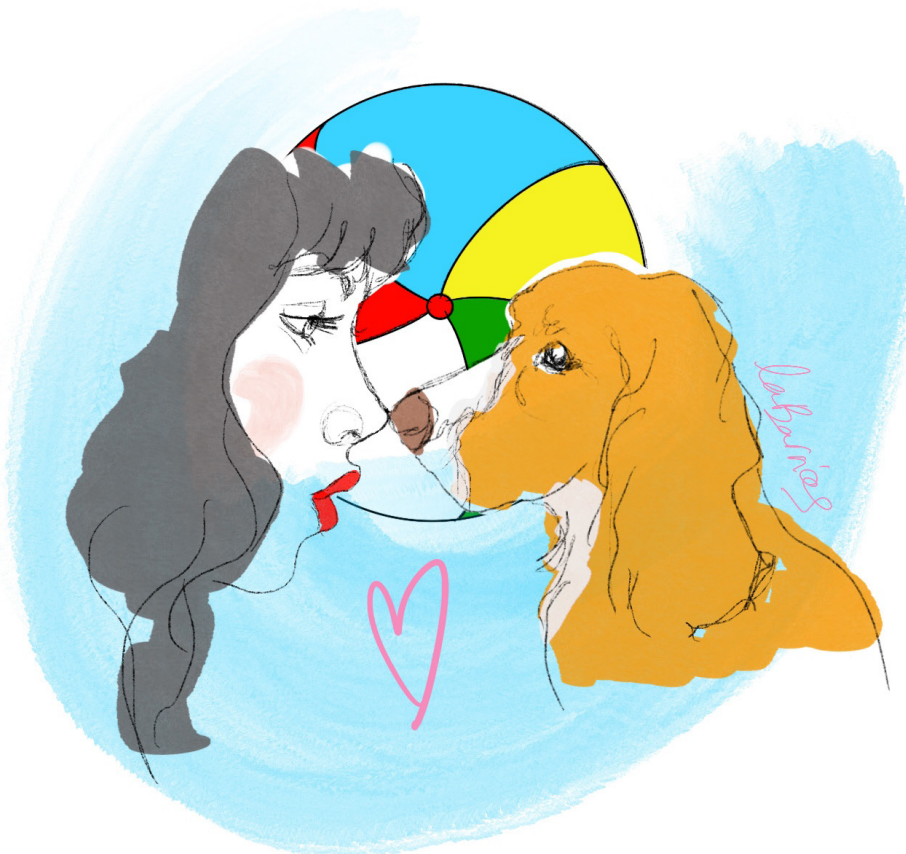
Parece una contradicción, pero la constancia de que todo termina ayuda a apreciarlo más.

Os he contado esta historia porque quiero haceros ver que, aunque mucha gente se dedique a la venta de animales, incluso aunque sea de forma legal, ello no significa que eso sea lo correcto.

Cada vez somos más las personas que nos unimos para defender a todos aquellos animalitos que habiendo sido

explotados y maltratados, una vez rescatados nos siguen enseñando cada día el significado del amor incondicional.

Por eso, si tú ves una injusticia, aunque se considere algo normal en tu entorno, te insto a que no seas partícipe de ella: lucha por cambiarla porque el mundo es y será de valientes como tú. Y gracias a ello, el mundo es y será mejor.





Tienes

luchas

que

Campeona

Lalaines



valiente que me mira con unos ojos que lo dicen todo... tu cabeza reposa en mi vientre, como una nube cálida que me cura heridas invisibles.

Si.

Te digo que sí a lo que me estás proponiendo.

Acepto tu promesa y te entrego la mía, que es la misma que la tuya: la promesa de que jamás nos rendiremos.

Nunca, ni tú ni yo.

Queda mucho camino por delante, pero lo vamos a recorrer juntas.

Recuerdo el día que llegaste a esta casa de Badajoz, Corina; esta casa donde ya vivían otros siete perros, en espera de ser adoptados por alguien con garantías para cuidarlos bien. En cuanto uno saliera, entraría otro, pero en aquel momento el cupo estaba cubierto, no tenía sitio para ti. Aun así, no tuve corazón para negarte mi ayuda. Tu precario estado de salud me conmovió tanto... El veterinario que había estado publicando fotos tuyas en Facebook contactó

Corina. perrita guapa. labradora

conmigo, me contó lo que sabía de ti, me pidió que te diera una oportunidad, porque tu estado era tan lamentable, que nadie quería hacerse cargo de ti, Corina. Me contó que te habían encontrado en la bella Cádiz, en una perrera. Porque te habían abandonado. Tu estado era tan crítico que no se hacían cargo de los gastos veterinarios. Te iban a sacrificar, mi linda... ¿entiendes? O se quedaba alguien contigo o ponían fin a tu vida. Tuviste mucha suerte; el veterinario en cuestión se negó en redondo.

—Solo deben ser sacrificados animales cuyas heridas sean muy graves, o que no puedan ser curados, o que tengan un sufrimiento de tal intensidad que ellos mismos deseen tirar la toalla —sentenció.

Cuando llegaste pesabas 10 kilos, y caminabas de forma muy torpe. Te pusiste en un rincón mirando hacia la pared y no querías moverte de allí. Mi imaginación no alcanzaba a comprender cuánto tenías que haber sufrido para comportarte así. Lloré en silencio lágrimas de rabia, de amargura y tristeza. De vergüenza ajena por lo bajo que podía caer mi especie, por su capacidad de hacer daño. Por su brutalidad. Siempre me salva del odio hacia mis congéneres pensar que también hay personas como ese veterinario que se compadeció de ti.





Tras una revisión a fondo te diagnosticaron sarna, leishmania y ehrlichiosis (la llamada enfermedad de la garrapata). El examen reveló también que habías sido usada para criar. Aquí supimos el motivo de tu abandono: ya no servías para ese fin debido al estado en el que te encontrabas. Revientan una perra y cogen otra, ¿para qué se iban a molestar en cuidarte?

Tus enfermedades nos dieron alguna pista de cómo había sido tu vida: encerrada en un chenil, sin higiene de ningún tipo y por supuesto sin revisiones veterinarias periódicas, ya que de haberlas tenido, estas enfermedades o no estarían presentes, o al menos deberían haber estado controladas.

Comenzamos con los tratamientos prescritos de forma regular, y a medida que pasaban los días fuimos comprobando que tus enfermedades físicas no eran lo más grave. Estabas cansada de luchar, Corina, y te hacías caca y pis encima. Tenías un miedo atroz a las personas y los ruidos te hacían tiritar. Se me parte el corazón pensar en por qué te asustaban tanto los ruidos... Apenas puedo soportarlo, así que trato de ahuyentar esas ideas de mi mente, porque duelen demasiado. Habías dejado de comer, por lo que a los dos días de llegar tu estado empeoró. Después de tanto maltrato ya no sabías lo que significaba confiar. Confiar, mi linda; confiar. No sabías lo que era una caricia.

¿Sabes? Me conmovía que tú, lejos de mostrarte furiosa o a la defensiva, solo temblaras de miedo. Jamás tuviste

un mal gesto hacia nadie, y eso me hizo entender que en el fondo deseabas dejarte ayudar. Y yo quise aprovechar esa chispa de luz. Por ti, Corina, y también por mí.

Pasaba el tiempo, a diario tomabas la medicación y yo te bañaba con un champú especial para la sarna. Al principio, para animarte a comer, yo misma comía contigo en el suelo, primero de espaldas, dejándote un trocito de comida detrás para que poco a poco fueras acercándote y... confiando. Esa palabra desahuciada. Dormía a tu lado, ¿recuerdas? Y sucedió el milagro: un día viniste a apoyar tu cabeza en mi costado. Ahora puedo decírtelo: te hice un poco de trampa. Me iba alejando cada día unos palmos para ir ganando terreno y trabajar esa confianza que tanto necesitabas para tu recuperación emocional, y no solo eso; esa actitud era clave para tu adopción. En tan solo un mes, ya dormías conmigo y los demás perros.

A medida que lograbas superar tus miedos, empezabas a ser más cariñosa. Seguías teniendo muchas dificultades para caminar. Yo te pasaba una toalla bajo el abdomen, a manera de tacataca, y así te ayudaba a prolongar los pasos. Tenía que obligarte un poco, porque te costaba. Era fundamental que te movieras a diario.

Y aquí estamos Corina, tú y yo. Tú has demostrado que quieres vivir; y yo que han merecido la pena todos mis desvelos. Me los has devuelto con creces. Ahora, que te has convertido en una perrita sociable, pese a lo que has sufrido, sé que no culpas a todas las personas por lo que algunas de ellas te hicieron. No sabes cuánto te lo agradezco. Algún día,

cuando estés totalmente recuperada, alguien te adoptará, comenzarás una nueva etapa, y serás muy feliz. Todo lo feliz que te mereces ser, que es muchísimo. Mientras tanto, seguirás aquí conmigo, con tu manada, recibiendo todo el amor que podamos darte. Porque eres muy, muy grande, Corina.

C O N C L U S I O N

Cuando decidas tener un animal de compañía, acuérdate de Corina. Recuerda que, si compras un cachorro en un criadero, probablemente detrás haya una madre explotada que lo está pasando muy mal, y además le estás quitando la oportunidad de vivir en familia a una perrita como Corina. Ten esto muy presente, y tu conciencia te lo agradecerá.

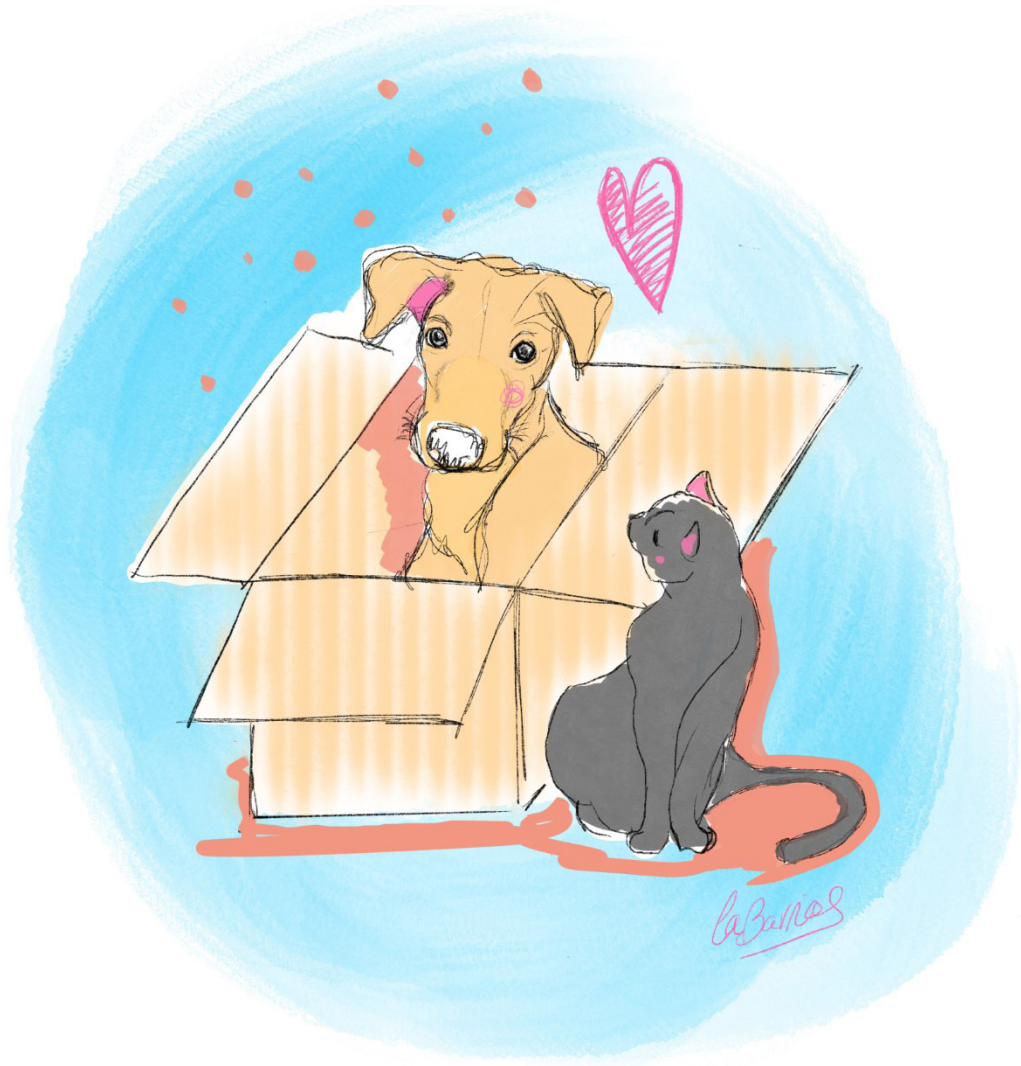
Corina fue víctima de un criadero de animales. Es una labradora pura, lo que significa que es una raza muy cotizada y por cada cachorro que se vende se pueden ganar entre 1.000 y 2.000 euros, así que imaginaos cuánto puede ganar una persona si cada camada es de entre cuatro y seis cachorros y pueden tener tres o cuatro camadas al año por lo que la suma de dinero es importante, es por ello que mucha gente se dedica a este negocio.

Y es esto precisamente lo que queremos denunciar con esta historia

¿Por qué?

Porque —y esto todo el mundo lo sabe, pero no a todas las personas importa—, los animales *no son COSAS inertes, son SERES VIVOS* con sentimientos y emociones, con un cuerpo que sufre dolor y placer, igual que tú y que yo. Y que, *MERECEN SER TRATADOS CON RESPETO*. aunque ese mismo respeto muchas personas no se lo hayan ganado ni lo merezcan. El planeta que habitamos es un derecho —o más bien un regalo— para todas las especies que vivimos en él, no solo para el ser humano; y podemos estar seguros de una cosa: si no rectificamos, el planeta un día nos pedirá cuentas, y no podremos dárselas porque tendremos las manos vacías. A ellos, los animales, les duelen los golpes, y mucho. Pero más les duele, —y en esto son como nosotros—, el maltrato emocional. La falta de cariño y protección, la falta de ejercicio, no habitar en espacios con la suficiente higiene, vivir con miedo constante, y la multitud de castigos meditados o inconscientes que les imponemos. Todas esas cosas tan destructivas.

Con esta historia pues, queremos mostrar la otra cara de los criaderos, legales o no, ya que siempre el sufrimiento es para los mismos. Pero, además, la de Corina es una historia real, como las otras. Una historia de superación, de ganas de vivir y de esperanza para todos aquellos animales que a día de hoy siguen encerrados en cheniles, criando y criando, sin descanso. Esperando, siempre esperando, en el más profundo escondite de su esperanza, a ser rescatados algún día.





No recuerdo dónde nací ni quien era

mi madre, en realidad nadie lo sabe.

Estábamos mis seis hermanos y yo, todos metidos en una caja, cuando unas chicas muy simpáticas nos encontraron. Eso fue al mes de nacer, más o menos.

Supongo que el dueño de la que sería mi madre nos dejó allí porque no nos quería, aunque la verdad, ignoro el motivo, porque nos portábamos muy bien. El caso es que estas chicas nos recogieron y nos cuidaron durante un tiempo. No paraban de hacernos fotos; luego supe que era para buscarnos una familia de adopción.

Por cierto, no lo he dicho: mi nombre es Melón.

A pesar de haber tomado leche materna un mes escaso, no he tenido problemas de salud, excepto una vez que tuve tos de la perrera, algo parecido a un constipado. Eso fue cuando tenía cuatro meses, pero me curé pronto.

Estuve un par de meses con otros perros en un sitio raro, en el que pasábamos mucho frío. Por lo visto nadie me quería llevar a su casa. Escuché decir a las chicas que por entonces nos cuidaban que aquel no era un buen sitio para nosotros, y eso nos dejaba bastante tristes. Algunos de mis hermanos tuvieron suerte; al mes de haber llegado se fueron con unas personas que vinieron a recogerlos, parecían buena gente.

Cuando cumplí tres meses, se me presentó una oportunidad. Vino una chica a grabarnos en un vídeo, y yo me dije: la tengo que conquistar. Así que saltaba encima de ella todo el rato hasta que se le puso cara simpática. Y aunque no hablaba su lenguaje, me entendió cuando yo le pedí que me llevase con ella a algún sitio calentito. Al final, de puro pesado, lo conseguí. Menos mal, porque me horrorizaba que se fuesen yendo todos mis hermanos y me dejaran allí solo.

Durante una semana, viví con aquella chica en su casa. Me cuidaba muy bien, y tuvo muchas atenciones: me puso una cama, me bañó con agua templada e hizo un montón de cosas más que me gustaban mucho. Todo menos las malditas inyecciones, que además fueron unas cuantas y dolían de lo lindo. Aun así me porté bien y no me quejé.

A la semana siguiente una pareja de Madrid a la que había caído en gracia solicitó adoptarme; así que me subieron a un coche y me trasladaron a la capital. Iba a comenzar una nueva vida.

Al principio lo de Madrid fue un poco duro y echaba de menos a mis colegas de la prote. Yo me imaginaba que iba a ser hijo único y que sería objeto de constantes mimos, pero pronto mis ilusiones se irían al traste. En aquella casa ya vivían... ¡dos gatas, dos! Casi me muero del infarto. Y encima ellas, menudo rebote se pillaron al verme llegar.





Entre nosotros: era comprensible. Soy tan guapetón que se pondrían celosas pensando que los “papás” me preferirían a mí, o tal vez pensaron que yo era un gallito que acabaría echándolas de la casa. Nada más lejos... la primera noche me la pasé llorando.

Y que siga quedando entre nosotros; estaba cargadito de miedo. No era para menos: no conocía la casa, una de las gatas, la negra, no se movía del otro lado de la puerta donde yo estaba, imaginaba que me quería matar, claro. ¡Ah! Porque esa fue otra: resulta que tuve que estar dos semanas separado de ellas. En el fondo yo estaba deseando hacer las paces, y que jugásemos todos juntos; pero mi familia humana no estaba por la labor de que nos hiciéramos daño. Sobre todo por ellas, las gatas, que estaban hechas unas fieras. Rita y Lola, se llamaban. Cuando ellos estaban en casa sí que nos dejaban estar juntos en el salón, aunque Rita no paraba de bufar. Ya os he dicho que soy pesado, y trataba de acercarme a saludarla y a jugar con ella, pero la minina, erre que erre. Que no me dejaba. Lola en cambio, permanecía callada; eso sí, no me quitaba ojo, como si quisiera taladrarme con la mirada. Ni a beber agua me atrevía, porque me sentía vigilado en todo momento.

Un día por fin me atreví a jugar con Lola, que parecía más tranquila, dándole caza y mordiéndole en broma las orejas, pero se lo tomó fatal. Hasta aquí podíamos llegar, bufó, y me propinó un zarpazo impresionante que me dejó llorando un buen rato. Mi mamá humana me consoló, y regañó a Lola, pero a ella como el que oye llover. Tardé dos días en atreverme a entrar al salón otra vez. Luego entendí que los gatos no juegan así y que no les gusta que les pongan las patas encima ni mucho menos

que les muerdan las orejas. Hacedme caso: nunca intentéis mordisquear la oreja de un gato. Avisados estáis.

Me costó un poco adaptarme a las costumbres de mi nueva familia humana, en particular aquella manía tan cansada de caminar y caminar por esas calles. A veces la cosa pintaba bien, porque algunas personas se paraban a saludarme y a prodigarme mimos, eso sí que me gustaba; pero lo de caminar todo el rato para acá y para allá ¡uf! ¡Y con el calor que hace en Madrid en julio!

Me llevaban a un sitio al que llaman “terraza del bar” y allí me tenían sentado mientras desayunaban. Eso no me gustaba demasiado, pero decían que tenía que acostumbrarme a todo, porque de mayor iba a ser un perro de terapia. Y es que pese a no ser de raza, me habían seleccionado para ello, lo cual implicaba que tenía que “socializar” mucho. Pues allí estaba yo, obediente y más aburrido que una mona, “socializando”.

Una vez me llevaron a una exhibición de Agility (*) y el profesorado me seleccionó para competir. Trataron de convencer a mi familia humana para que me apuntaran a un curso, pero no hubo forma, y eso que yo les dejé claro que a mí la idea me encantaba. Bueno, en compensación, mi mamá se apuntó conmigo a un curso de adiestramiento. Yo aprobé el examen final, y me puse muy contento; pero ella, se preocupó tanto por mi examen que no preparó el suyo. Y claro, lo suspendió.

Un día recibí una buenísima noticia sobre mis hermanos. ¡Resulta que mi madre humana los había localizado en el Facebook! Todos ellos habían sido adoptados y ahora nuestras familias se intercambian fotos. ¿No es maravilloso que podamos vernos crecer y estar en contacto? A mí me parece casi milagroso. Estoy la mar de contento.

Así que después de todo, las cosas salieron bien. He de confesar que a veces me acuerdo de todos mis compis de la protectora, que se quedaron allí pasando frío, y eso que las chicas que los atienden los quieren un montón, y en verdad hacen todo lo que pueden por ellos. Eso me consta.

Y por esto, precisamente, os pido una cosa:

nunca, nunca ... compréis un animal.

Id a una protectora de animales, porque allí hay muchos animales que os necesitan desesperadamente.

Y entre nosotros: si no sabéis cuál elegir me podéis llamar y yo os digo quienes son los mejores. Además como conozco a las chicas tenemos ventaja.

Ahora, después de haber cumplido un año, puedo decir que soy muy feliz. Sí, muy feliz con mi familia humana y gatuna. A los dos humanos los quiero mucho, pero tengo que reconocer que a la que más quiero es a Lola, la gata negra; ella ha hecho de madre (por eso me pegó aquella vez que la cacé, resulta que me estaba enseñando lo que no se debe hacer). Cierto que es una gata cabezona, y que no me pasa una. Cuando me porto mal me suelta un zarpazo, y sin miramientos... pero me quiere un montón. Rita en cambio, no me hace mucho caso, pero es todo apariencia, porque cuando nadie nos ve dormimos juntos en el sofá. Es muy quejica, pero solo es para hacerse la interesante, en el fondo es buena gente, y su corazón gatuno es grande.

Hay una cosa que me preocupa un poco, y es que me huelo que mis papis humanos quieren adoptar otro perro, un tal Turrón. Me ha parecido oír que sale en este libro...

¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿? ¿?

Esto... entre nosotros: ¿me haríais un favorcillo?

Ahora que hemos cogido confianza os podíais dar una vuelta por las páginas del libro y volver a este capítulo para contarme si el tal Turrón es digno de confianza y me va a merecer la pena aguantarle... porque si no, hablo con Lola y Rita y entre todos lo ponemos firme en cuanto asome el hocico.

En fin, ya he empezado a hacer terapias y ¿sabéis que? Me lo paso fenomenal, ayudo a niños, niñas y a jóvenes, al igual que un día los humanos me ayudaron a mí. Lo que más he aprendido en todo este tiempo es que aunque haya humanos que nos traten mal, no son todos iguales. Yo de aquella persona que me abandonó metido en una caja ni me acuerdo, ahora sólo pienso en lo feliz que soy con mi nueva familia, en un hogar en el que me quieren y me miman un montón.

Y eso es todo, amigos. Espero que os haya gustado mi historia. Me tengo que ir porque me aguarda mi paseo diario, que ya sí, es mi mejor momento del día, porque juego con todos mis compis del parque y lo paso genial.

Y entre tú y yo: ¡a ellos sí que puedo morderles las orejotas!

() Agility es una modalidad competitiva donde un guía dirige a un perro sobre una serie de obstáculos, los cuales tiene que librar de manera limpia y lo más exacta posible, compitiendo contra reloj.*





la boma



"Vine de la piscina y ahí estaban, el papá y su hijita, ¿Qué pasó? ¿Por qué está dormido el grandote? Mamá me contó que fueron rescatados en un campo, tenía una herida en el cuello que mamá le había curado y no me dejaban tocarlo.

Al día siguiente fuimos a verlos mi hermana y yo y ¡ya estaban bien! Pero no quería salir de la jaula donde dormía. Tenía sus orejitas hacia atrás y se veía muerto de miedo; nos miraba a todos y al bebé, pero no se atrevía a salir. En los ojos se le notaba un miedo atroz.

Poco a poco fue saliendo de la jaula donde lo había puesto mamá, que le tentaba con la comida, y también porque quería ir con su hijita que ya había salido. A los pocos días ya le gustaba salir al patio y oler las plantas, pero en cuanto hacía sus necesidades se ponía en la puerta para volver a su cama. ¡Qué miedo tenía! Estuvo varios días en casa y no cambiaba su actitud, por más caricias y juegos él seguía queriendo estar en su jaula. ¡Cuántas cosas malas le habrían pasado en su vida!"



Prefacio: Jesús

El rescate: Yolanda

El calor arreciaba en la tarde agosteña, y era frecuente durante las horas que seguían al almuerzo, que la familia de Yolanda sesteara un rato. Ella por el contrario, no se lo permitía a sí misma, porque siempre quedaba algo por hacer. Estaba recogiendo la cocina cuando sonó el teléfono.

—Disculpe... —dijo desde el otro lado de la línea una voz de mujer—. Soy la alcaldesa del pueblo vecino.

—Pues usted dirá.

—Nos han comunicado que hay un perro abandonado en un pantano, está atado a un árbol, con sus cachorros —informó la mujer en un tono que dejaba traslucir su nerviosismo—. He llamado ya a varios sitios, y en todos me piden un dinero para rescatarlos. Nuestro ayuntamiento no dispone de presupuesto para estas cosas.

—Tranquila, salgo ahora mismo.

—Debo advertir que se trata de un pitbull. Por eso también me han puesto pegas.

—No es problema para mí.



Cuando Yolanda llegó al pueblo la alcaldesa ya estaba esperándola, impaciente.

—Iré contigo —le dijo, pasando al tuteo de forma espontánea—. Me haré cargo personalmente de todos los gastos veterinarios.

Buscaron en el lugar donde les habían dicho, pero no encontraron a los animales. El calor era sofocante, pero no pensaban marcharse de allí sin ellos. Después de una larga e infructuosa búsqueda, Yolanda decidió subirse a un alto para ampliar el campo de visión, y desde allí pudo vislumbrar un bulto al pie de un árbol. Los habían encontrado.

Cuando se acercaron lo bastante, pudieron comprobar horrorizadas que el perro estaba enganchado a una gruesa y larga cadena. Así era exactamente, pues un mosquetón de grandes dimensiones hacía de gancho, atravesando piel y músculos del cuello del pobre animal. A la alcaldesa se le humedecieron los ojos, en tanto que la otra mujer se acercaba al perro y, tomando precauciones, inspeccionaba el árbol en busca de los cachorros. El árbol presentaba grandes muescas producidas por el roce de la cadena. No muy lejos divisó una bolsa de basura desgarrada, con algunas larvas de insectos asomando desde su interior.

—Los pequeñines no están —informó.

Dando muestras de gran desesperación, el gran pitbull se acercaba y volvía a alejarse de unos alcantarillados



grandes que se usan para que el ganado no escape. Yolanda, ocupada en buscar a los cachorros, tardó un rato en percatarse de que el perro le estaba diciendo dónde estaban.

—¡Ay Dios! —Exclamó cayendo en la cuenta—
Quieres que te siga, ¿verdad?

El animal la condujo hasta el alcantarillado, y en efecto, allí estaban... solo había sobrevivido una. El padre de los cachorros se metió dentro y Yolanda se las arregló para atarlo mientras ella rescataba al cachorro.

—¿Cómo está? —pregunto la alcaldesa en cuanto la otra lo tuvo en brazos.

—Tiene la barriga muy hinchada. Hemos de darnos prisa, su vida corre peligro.

Entonces surgió un nuevo problema: el padre no quería abandonar al cachorro muerto. Aprovechando el hambre terrible que sin duda lo estaría torturando, se valieron de unas salchichas y unos cuantos empujones para hacerlo salir. Mientras corrían al coche, Yolanda llamó por teléfono a una buena amiga veterinaria que siempre la ayudaba sin hacer preguntas. Tras resumirle la situación, solo escuchó de ella una confirmación:

—Voy a la clínica enseguida. Allí te espero.

En la clínica veterinaria: María del Mar

Ya en la clínica, atendieron primero a la cachorrita. Una vez estabilizada, subieron al perro adulto a la mesa. Él se dejó hacer, mirándolas a todas con una expresión de mansa gratitud. A María del Mar, la veterinaria, aquella mirada se le quedó prendida en el corazón.

—¡Qué pedazo de perro! —Había exclamado nada más ver a aquel enorme ejemplar de pura raza—. Tiene la mirada de no haber roto un plato en su vida.

En el agujero que el mosquetón había dejado, cabían perfectamente tres dedos. La herida estaba llena de gusanos.

—Pobrecito. A saber qué clase de bestia tendría por dueño.

—Una bestia no habría hecho esto.

—Tienes razón —rectificó Yolanda—. Esto solo lo hace una bestia humana. Me faltaba el apellido.

—En la mirada de la pequeña, sin embargo, no hay miedo, ¿os habéis fijado? —Observó la veterinaria sin interrumpir la exploración manual—. Mirad qué ojos vivarachos, a pesar de su lamentable estado.

En efecto, a la cachorrilla se le apreciaban los huesos marcados y la voluminosa barriga, sin duda por haber comido cualquier cosa que tuviera a su alcance.

—Nada que no resuelva una buena alimentación, desparasitación y cuidados. —Concluyó la experta.

Tras la cura, “el padre y la bebé”, como dieron en llamarlos, fueron trasladados a un recinto de la clínica donde tendrían a su disposición una cama. Allí se acurrucaron los dos; quietos, mudos, observando a sus benefactoras con aquella mirada limpia y noble que tanto las había conmovido a todas.

Los animales tardarían unos días en salir de allí. Tras la estancia en la clínica, los mudaron al domicilio de la veterinaria, que también era una casa de acogida. Los días que pasaron allí dieron pie a que Jesús, el hijo de la anfitriona, se enamorase de aquel “pedazo de perro” con cara de bonachón, al que llamaron Montsi. Pero el día crítico, llegó.

—Mamá... —preguntó Jesús— ¿Dónde están?

—Sabes muy bien cómo funciona esto, hijo. —Respondió María del Mar disponiéndose a repetir la misma explicación por enésima vez—. Nuestra misión es cuidar, curar, dar cariño y confianza, para que puedan irse a una casa en condiciones. No nos podemos quedar con todos los perros que rescatamos. Tienen que salir para que puedan entrar otros. Si no, se acabaría la misión.

—Pero yo solo quería el grande, mamá; solo ése.

María del Mar dejó escapar un suspiro.

—Y yo.



Epílogo

Todo había sucedido así:

La cachorra fue adoptada en el transcurso de un día por la casa de acogida. Para Montsi había tres opciones: la Diputación, lo cual le conduciría de forma inexorable a una perrera, (opción que fue descartada de inmediato), llevarlo a una protectora de animales o, en último caso darlo en adopción a una familia del pueblo. El candidato era un chaval aceptado con reservas, en la condición de que vivía cerca y sería posible hacer un seguimiento adecuado de la adopción.

A los pocos días de haberlo adoptado, llamaron para notificar que el perro había sido robado. Esa vez Yolanda logró dar con él, pero su desconfianza hacia la familia aumentó, ya que no le cuadraban las cosas. No obstante, la familia se mostró tan preocupada que decidió darles otra oportunidad.

Unos días más tarde la volvieron a llamar.

—Se ha saltado la valla para ir a casa del vecino.

Yolanda fue a buscarlo allí, y lo que se encontró no le gustó nada: un perro temeroso, con el rabo entre las piernas. El poco tiempo que había pasado en su casa nunca intentó escaparse. Estaba claro que Montsi no se sentía querido en su nueva familia.

Después de entregar el perro no pudo dejar de pensar en él. Al cabo resolvió que Montsi no podía quedarse con aquella familia que lo hacía sentirse tan infeliz como para querer escaparse.

—Que me traigo el perro a casa —les dijo por teléfono.

—Como tú veas —respondieron secamente.

Ese mismo día, cuando Yolanda sacó a Montsi de paseo, se encontró con una desagradable sorpresa. Al acariciarle el lomo notó que tenía un agujero. El estómago le dio un vuelco y continuó buscando. Encontró cinco agujeros más en el lomo de Montsi.

—Con razón querías escaparte —murmuró despacio. Y el mundo se le vino abajo. Sintió una mezcla de rabia, dolor y culpa por haberse dejado engatusar. —Te han vuelto a hacer daño.

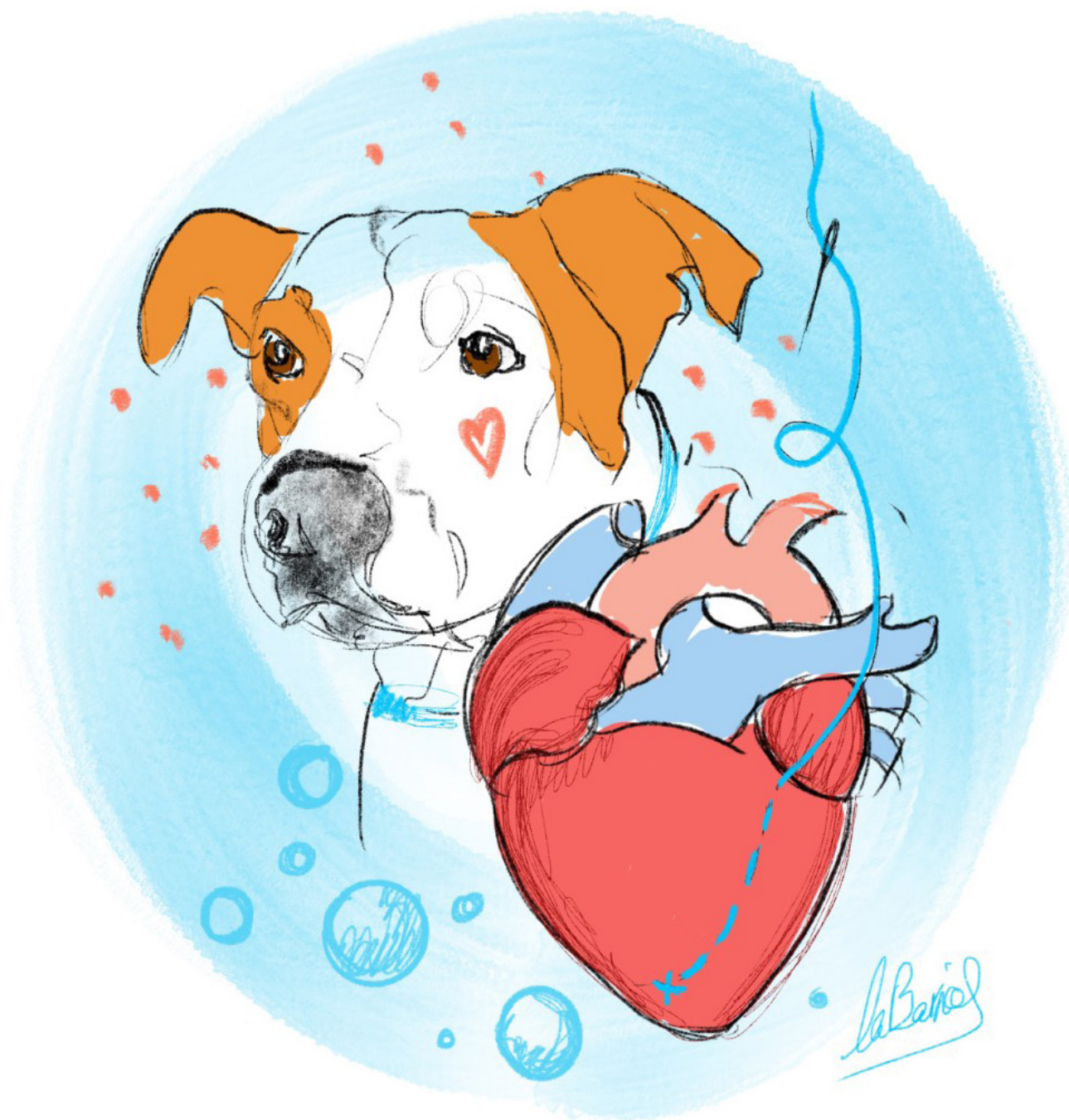
Se había equivocado, o eso se recriminaba, y el grandullón había pagado por ello.

—Perdóname, Montsi. No permitiré que nadie vuelva a lastimarte jamás. Te lo prometo.

Aquel pedazo de perro, al que algunas personas se habían encargado de hacer pedazos física y mentalmente, no se dejó agriar el carácter. Siguió siendo un animal bonachón, incluso con otros perros grandes, y también con los gatos, con los que aprendió a jugar. Mostrándose siempre como el padrazo que era con cualquier cachorro, y sumamente delicado con los niños. A día de hoy vive en una casa con su manada, y es un perro muy feliz.









Todo comenzó hace cuatro años. Bueno.

para ser exactos, cuatro años y tres meses. Estaba mirando una publicación de S.O.S. PPP España cuando vi a Killo por primera vez. Claro que por entonces lo llamaban Shitri. Estaba en una residencia, con filaria y un estado general francamente mejorable. Estuvieron a punto de adoptarlo, pero la persona que iba a hacerlo, al enterarse de que estaba enfermo, se lo pensó mejor.

Me interesé por su caso: en la residencia me dijeron que le habían hecho analíticas y que le daban un mes y medio de vida. También me informaron de que el perro había sido utilizado como Sparring. A pesar de su mal pronóstico, yo estaba decidida a darle una oportunidad, así que lo comenté con Arky, mi pareja, y decidimos ir a por él para que al menos se muriera en casa, con toda la dignidad del mundo y arropado con nuestro cariño.

Estuve haciendo algunas indagaciones sobre la residencia en la que se encontraba Killo, y a así me enteré de algunas cosas que no me gustaron un pelo; por ejemplo que no le estaban dando la medicación para la filaria que la veterinaria les había proporcionado. Les llamé y les dije que quería ir a por él, pero ellos prefirieron llevárnoslo a un sitio concreto de Cádiz,

y como yo estaba muy mosca y la cosa urgía, acepté.

Lo primero que hizo Killo cuando se bajó del coche con aquella cara de pánico, fue subirse a mi cintura y abrazarme con sus patas delanteras. Me enamoré de él al instante. Aquellos ojos empapados de terror, ese cuerpo tan hinchado por la enfermedad y su costosa respiración me conmovieron. No pude mirar hacia otro lado y nos lo trajimos a casa.

Al día siguiente fuimos a mi veterinario de confianza, Rubén, y nos confirmó la gravedad de su estado. Le hizo pruebas de todo tipo, y finalmente nos dijo que había una opción, era una operación muy costosa que nunca se había realizado en España. La minuta sería de 8 000 euros. Aquella noticia fue un palo tremendo. Arky y yo lo hablamos y meditamos durante unos días; y decidimos seguir adelante, aun sin esperanza de vida.

Empezamos a vender todo lo vendible que teníamos: ordenador, cámara de fotos y de video, muebles, cañas de pescar y demás aperos, ropa, libros, todo tipo de cosas. Conseguimos 4 000 euros. No era suficiente, así que seguimos pidiendo ayuda a todo el que nos quería escuchar.

Un día, hablando con una asociación por Messenger a la que pretendía venderles unas jaulas de rescate, se interesaron por el caso, así que nos dimos los teléfonos





y les conté lo ocurrido. El día que vinieron a recoger las jaulas me dijeron que no vendiera nada más, que ellos me ayudaban. Eran Lets Adopt España, pero yo les vendí las jaulas de todas formas, porque había dado mi palabra y me parece muy importante cumplirla, aunque ya sé que esto no está de moda actualmente.

Me llamaron del hospital valenciano en el que iban a operar a Killo. Querían verlo al día siguiente. A las dos de la madrugada cogimos el coche y nos fuimos para allá. El viaje fue horrible, killo orinaba cada cuarenta minutos y vomitaba continuamente.

En Valencia le volvieron a hacer todo tipo de pruebas, vinieron unos veterinarios de Italia y decidieron operarle, pero hacía falta un tratamiento previo y más pruebas, así que se pusieron en contacto con Rubén para que él siguiera el tratamiento antes de la operación. Estábamos muy intranquilos, hasta que un día recibimos la llamada que tanto esperábamos; habían llegado unas pinzas especiales desde Japón, y en dos días le operaban. Así que nos pusimos en camino otra vez.

Tanto la asociación como el hospital se portaron de maravilla, nos pagaron hasta la gasolina.

Todo el equipo sabía que Killo estaba con nosotros en acogida, pero los días que tuvo que estar en el hospital con los tres veterinarios italianos, expertos en filaria y uno en cardiología, bastaron para que se enamoraran del perro y para que uno de ellos se ofreciera a adoptarlo. El caso era que después de todo lo que habíamos

vivido con él, yendo y viniendo de Valencia a Badajoz para verle, mantener nuestros trabajos y seguir rescatando animales, decidimos que Killo se quedaba con nosotros. Pediríamos un crédito si fuera necesario para pagar lo que faltaba de la operación, ya que la factura ascendió a 11.000 euros. Y Killo se vino a casa.

Además, la asociación no nos quiso coger ni siquiera los 4.000 euros que sacamos de las ventas, nos dijeron que mucha gente había donado dinero para él y que lo invirtiéramos en otro perro que lo necesitara y así continuar la cadena de favores. Y eso hicimos. Gracias a todas esas donaciones pude hacerme cargo de la perrera de Mérida e invertir todo el dinero en curar a todos esos perros, buscarles adopción y pagar el transporte hasta sus nuevas casas.

Pero no todo fue tan rodado en este proceso...

En el transcurso de la operación Killo nos dio muchos sustos, se quedaba a menudo sin respiración, sufrió varios infartos. El 80% de la filaria se la quitaron con pinzas en una operación a corazón abierto, el resto con pinchazos y tratamientos de pastillas. Hicimos más de quince viajes a Valencia. En los paseos con él había que tener mucho cuidado de no estresarle porque le daban micro infartos y literalmente se *caía desplomado*.

Pero todo esto mereció mucho la pena ya que ahora Killo es un perro feliz, tiene cinco años y medio y es un bebé abuelito, ya que tiene los pulmones y el corazón deformados por la filaria. Ni en Estados Unidos habían visto un caso así. Y gracias a la pionera operación de Killo ya se han salvado muchos otros perros con este problema.

¿Y en resumidas cuentas, cómo es Killo? Porque he hablado mucho de su enfermedad, y casi nada de él.

Pues Killo es... un perro muy dependiente. Vamos, que si yo voy al baño él viene conmigo. Si me ducho, él abre la mampara. Si me acuesto, él toma una posición donde pueda verme en todo momento.

Cuando salgo tengo que dejar mi habitación abierta, ya que de lo contrario araña la puerta como si no hubiera un mañana, solo para poder estar en mi lado de la cama. Y la verdad, no le haría falta arañar, porque es un experto abriendo pestillos. Debe ser el ansia que le entra, que le nubla el cerebro.

Si lo dejas solo en casa, y en ausencia de Lola, te organiza un simulacro perfecto de mudanza en una hora. Y si hace falta arrancar las puertas, se arrancan, que para eso ya está él. Y ya de paso saca al pasillo las cosas del baño: botes, toallas, esponjas, rollos de papel higiénico...

Nunca he podido dejarlo en ningún sitio. Una vez lo dejé en una residencia y se pasó tres días llorando y sin comer. Cuando llegamos para sacarlo de allí, estaba encaramado a la pared, que era lo que hacía todo el tiempo en la antigua residencia donde vivió.

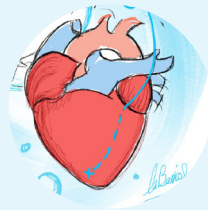
Killo es un experto en subirse a la mesa en décimas de segundo para comerse lo que haya en el plato. Verificado. Y si tienes un bocadillo, siempre, siempre, se come lo de dentro y eso sí, el pan te lo deja colocadito. Te das cuenta de que ha robado la comida cuando le hincas el diente, y nunca antes.

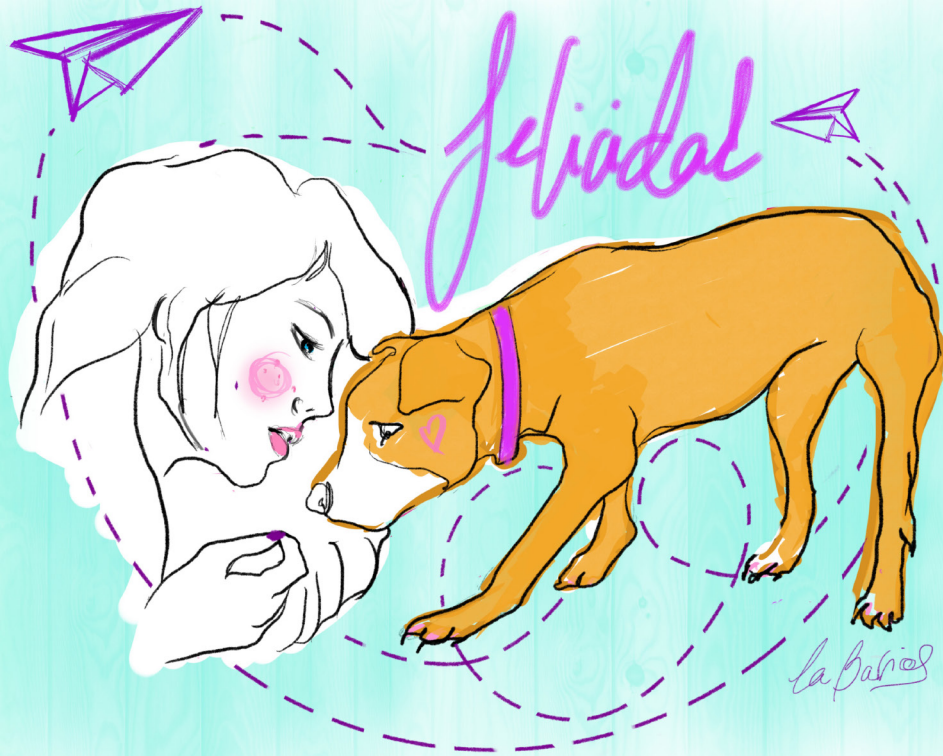
Lo peor era cuando se juntaba con Lola, mi perra. Hacían toda clase de trastadas, se comían el sofá y la pared hasta dejar el ladrillo visto.

Fuimos casa de acogida durante mucho tiempo, y él era encantador con todos los perros que entraban, hasta que un día Lola tuvo un ataque con otra perra, desde entonces no puede entrar ningún perro en casa. Si está solo no hay problema, pero siempre que está Lola con él ataca a todo el perro que se le acerca. Está claro que la protege, no consiente que nadie toque a su amiga.

Parece mentira que tenga tantos arrestos y que luego lo pida todo llorando, como cuando le llora a Arky para que se aparte de mi lado y así colocarse él muy pegadito a mí.

Es un trasto... pero me quiere tanto, que no concibo abrir la puerta y que él no salga a recibirme... (Aunque a veces al entrar, cueste reconocer la casa).





Se hace muy complicado respirar aquí.



en este cubo profundo y falto de espacio, donde nos amontonamos unos encima de otros y huele un poco mal. Nos han separado de mamá a mis hermanos y a mí. Esto no me gusta nada. Creemos que nos están alejando de casa, y estamos muy asustados.

Hemos llegado. La persona que nos ha traído hasta aquí se va, quizá porque está enfadada con nosotros. Yo imagino que volverá más tarde y nos levantará el castigo. ¡A saber qué hicimos para merecer tan severo correctivo!

Pasa el tiempo y no viene nadie. Hace mucho calor, y tenemos sed, pero aquí no hay agua. Estar pegaditos nos gusta, pero no con esta temperatura; sentimos que el calor nos va debilitando. Además tan sofocante como el calor, es el olor nauseabundo que despiden este sitio. Tenemos los ojos escocidos, y nos duelen.

Un momento hermanos, silencio. ¿Escucháis esos pasos? ¡Alguien se acerca por fin! Pero nuestra alegría se disipa cuando nos damos cuenta de que pasan de largo. Escuchamos otros pasos diferentes, y otros olores distintos... Cada vez pensamos que vienen a por nosotros, y cada vez nos desalentamos cuando siguen su camino sin detenerse.

Yo, que soy el más inquieto, no pierdo la esperanza. Mis hermanos se han adormilado, más por agotamiento que por verdadero sueño. Siento nuevamente pasos, esta vez más cerca, y decido espabilar a mis hermanos, a los que apenas les quedan ya fuerzas. Les muerdo las orejas, y ladro fuerte para que comprendan que ahora sí, que hay que poner carita de buenos para que nos perdonen por lo que hayamos hecho, y acaben con el tormento.

Por el olfato sabemos que no conocemos de nada a la persona que ha removido el cubo, pero nos da igual; lo importante es que ha venido y nos sacará de aquí. Nos invade la alegría. A pesar de que casi no tenemos espacio, sacamos fuerzas de flaqueza para mover nuestras colitas, así verán que no pensamos hacer nada malo, y que ni siquiera estamos enfadados.

¡Por fin una cara se asoma al cubo! Por un momento, nos quedamos extrañados. ¿Quién eres? Está claro que no nos entiende. La chica es guapa, desde luego. Tira de nosotros y nos saca con rapidez. Nos deposita en otro lugar, aquí al menos huele bien y se puede respirar. ¡Qué maravilla! Seguramente ahora nos llevará a casa. No podemos parar quietos de contentos, venga a brincar y a parlotear. Parece que lo peor ya pasó.



Miro por la ventana y tengo un sobresalto: me doy cuenta de que el camino que llevamos no es el de casa. Intento tranquilizarme, para no preocupar a mis hermanos. Ayuda bastante que la chica nos surta de arrumacos todo el tiempo. Es muy maja.

Nos hemos parado frente a una casa desconocida, en la que hay más chicas parecidas a la nuestra, y todas nos acarician.

Nos ponen en una habitación con más compañeros perrunos. Los hay jóvenes y viejos. Junto a la habitación hay un patio grande para jugar.

Escuchamos a las chicas conversar entre ellas, no se las entiende bien, pero creo que algunas opinan que este no es un buen sitio para nosotros. Dicho lugar, por lo que entiendo, es un refugio para animales. Al menos mientras se aclaran, nos permiten jugar, lo que agradecemos bastante, ya que nuestra estancia en el cubo nos ha dejado anquilosados. Nos dedicamos a disfrutar del momento.

De repente las chicas nos meten de nuevo en el coche y lo ponen a circular. Algunos de mis hermanos no lo llevan bien, pero a mí me encantan esas cosquillitas en la barriga que me produce el vehículo en marcha. Volvemos a parar ¿Dónde iremos ahora? ¡Cuántas emociones!

Un señor abre la puerta del coche. Sonríe y nos va cogiendo uno por uno. Cuando llega mi turno pro-

testo un poco: ¿Por qué me revisas tanto? Oídos, ojos, patitas, boca... Me entero de que es médico de animales, y lo corrobora el hecho de que después del reconocimiento nos vacuna a todos.

Más gente nueva, esto es un no parar. Ahora nos tocará otra ronda de coche, como si lo viera. “¡Eh, eh, eh! ¿Dónde vas con mi hermanita? ¡Y tú! Deja en paz a mi hermano ¿Qué está pasando aquí?”

Nos están separando. Me temo lo peor. “¡Suelta! ¡Suéltame! Quiero ir con mis hermanos”. Una de las chicas se acerca, me susurra que me esté tranquilo, que no me va a suceder ya nada malo, y que ese señor va a cuidar de mí hasta que me encuentren una familia definitiva. Entonces hace algo raro: empieza a llamarme Turrón. Que si Turrón por aquí, que si Turrón por allá. Que si Turrón esto, que si Turrón lo otro. Al fin entiendo que acaba de bautizarme. Me gusta el nombre, es sonoro y rotundo. Es bueno tener un nombre, me parece.

Entre los dos logran que me tranquilice, no sin antes soltar un par de buenos ladridos: “Vale, me quedo. Pero que conste que yo prefiero irme con mis hermanos”. La chica me da un besito y me susurra al oído que vendrá a verme casi todos los días.

Y ¡cómo no! De nuevo otra vez al coche. Llego muy nervioso, tampoco conozco este sitio y además escucho ladridos dentro de la casa, lo que me inquieta aún más. Apenas entro, el hombre me presenta a la que será mi nueva mamá y a mis compañeros perrunos.

Tengo que reconocer que aquí se está bien; sí, se está bien. Empiezo a sentirme un poco más animado, incluso contento. Solo espero que mis hermanos estén tan bien como yo.



Ha pasado el tiempo. Me he hecho un perro grandullón y han empezado a pasar cosas peculiares. No acierto a concretarlas, pero no me gustan.

El otro día escuché hablar muy fuerte a mi mamá humana. Estaba enfadadísima con el señor que nos cuidaba porque él le había quitado a uno de mis nuevos hermanos y se lo estaba entregando a otra persona a cambio de dinero. Yo me puse muy nervioso, pero mi nueva mamá me explicó que yo no tenía que preocuparme por algo así, ya que me van a destinar a procrear cachorros, algo que no me suena muy bien. Creo que las chicas del refugio sospechan algo, porque han empezado a venir casi todos los días, y la forma en la que se dirigen al hombre es poco amistosa.

Después de varios días de desavenencias, las dos chicas que suelen visitarme me han cogido en brazos —lo cual dado mi tamaño tiene su mérito— y me han sacado de allí casi en volandas.

—¿Lo ves? No vamos a dejar que te hagan daño —me aseguran nada más salir.

Cierto; han cumplido su promesa. A pesar de que sigue habiendo muchas cosas que no entiendo, me fio de ellas. Son buenas conmigo, amables y cariñosas. Me apena dejar a mi nueva mamá, pero estoy seguro de que ellas tampoco dejarán que le pase nada malo.

Y ya se sabe... otro viajecito. Al final me estoy aficionando.

Otro coche.

Otra chica diferente.

Por lo visto sigo yendo de mano en mano. Ya estoy un poco harto, la verdad; y a qué no reconocerlo, asustado. La chica nueva no para de acariciarme mientras me habla. Me da que es un tanto pesada, aunque me transmite calma.

Y dale.

Ootro viajecito en coche.

Me tenían que haber puesto Fernando Alonso en vez de Turrón. Y encima me hago pis, ¡lo que faltaba! Parece que la chica me ha entendido porque ha parado. Me abre la puerta y dice:

—¡Vamos compañero! A estirar las patas y a soltar un pis.

Y después de haber realizado ambas cosas, añade:

—Ya solo nos queda el último tironcito. ¡A por ello!

Durante todo el camino, la chica me va dando la turrá... con la mejor intención... pero la turra. Que si allí tendré nuevos amigos muy divertidos, que si patatín, que si patatán... Un momento, por fin escucho algo que me interesa:

—... y uno de tus hermanos de sangre ha estado con nosotros durante un tiempo, ¿sabes? El blanco con una mancha en los ojos.

Es cierto, mi hermanito tenía esa mancha. No recuerdo si era marrón o negra, (los perros nos liamos un poco con los colores).

Me estoy quedando sopa con la charla... Sopa... So... pa... zzz.

Me despierta y bajamos del coche. Llegamos al momento de las presentaciones. Esto también me lo sé, y a pesar de todo, me agobio. Venga a olerme los cuartos traseros hasta el último mono... quiero decir último perro. Lametones pa'riba, lametones pa'bajo, ¡y venga lametones! ...

¡Bueno, ya está bien! Ahora me toca a mí.

Me dedico a hacer un recorrido visual por el sitio: parece el mismísimo paraíso. ¡Qué nivel! Tenemos camas y la chica se tumba con nosotros. Igualmente nosotros nos podemos subir al sofá y a la cama con ella. Es como una más de la manada.



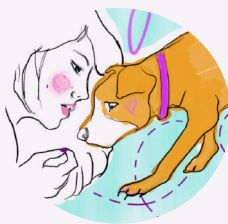
Nuestra vida es un sin parar. Estamos siempre trabajando o jugando. Ella, la chica, no cesa de repetirnos que tenemos que aprender a ser educados, para que alguna familia buena nos quiera adoptar. A veces siento tentaciones de ser un díscolo, porque no quiero parecer demasiado educado a nadie que quiera llevarme de aquí. Estoy tan a gusto... a pesar de que la chica se pone un poquito histérica a veces. La comprendo, mis cincuenta kilos me traicionan y

me hacen parecer un bruto; pero es que me da unas voces que ni la Mónica Naranjo. (La he visto en la televisión. A la Mónica Naranjo, digo). Lo cierto es que sabemos todos que este es un lugar de paso, aunque algunos ya llevamos mucho tiempo aquí, lo cual no nos importa en absoluto porque estamos en la gloria. (Aunque grite la chica, que grita). En el fondo es un cacho de pan. Si la conoceré yo.

Y es que muchas veces, aunque la familia no sea la tradicional, o la que nos dicen que tiene que ser, y no se tengan lazos de sangre, está unida por otros lazos, creados por quienes la componen, porque los han querido crear. Es la familia elegida por el corazón, y sus lazos son tan poderosos o más que los de la sangre.

Como ya quedó dicho mis comienzos fueron un poco duros, todo el tiempo de un sitio a otro, sin encontrar el definitivo. Estos son ahora mi hogar y mi familia. Y si algún día tengo que volver a marcharme, no me importará si encuentro lo mismo que tengo aquí. El hogar futuro será también mi hogar y la familia futura será también mi familia.

He aprendido una cosa, y conviene recordarla: el mundo no nos hace a nosotros, sino que nosotros hacemos el mundo. Y de nosotros depende, en un altísimo porcentaje, nuestra propia felicidad.





Querido Hugo:



Te escribo esta carta hoy, un poco egoístamente. Egoístamente, sí, porque no solo la escribo para ti, sino también para mí. Necesito escribirtela Hugo, lo necesito para curarme de tu ausencia, y para celebrar tu presencia en mi vida, que tanto llenó.

Supongo que de cachorro fuiste un peluche maravilloso, blanco, pequeño, suave... un bichón maltés cruzado con caniche, un capricho de perro al que todos querían. Pero te hiciste viejo, y tus dueños también. Ellos ya tenían bastante con sus achaques, no se sentían con fuerzas para cuidar de ti, que también arrastrabas los tuyos. Precisamente cuando más necesitado estabas de cariño y apoyo, después de toda una vida de dar tú ambas cosas.

Y te llevaron a la veterinaria para que te durmiera. Ella se negó y te acogió en su casa mientras te buscaba una nueva familia. Entonces te llamaban Dudo. Ese nombre nunca me gustó, por eso te lo cambié. Te puse uno parecido, para que no te liaras mucho.

A ti casi te sonaría igual, pero para mí esas dos letras sustituyendo a las des, lo cambiaban todo. No podía asociar a tu nombre esa afirmación constante sobre mi decisión de tenerte. No podía decir "Dudo", cada vez que me dirigiera a ti, porque yo no dudé nunca de mi decisión, una vez tomada. Bendita decisión.

Me costó tomarla, sí, porque yo acababa de perder a mi perrita. Todavía mi dolor estaba en carne viva, y no sentía deseos de adoptar otra vez. Pero accedí a verte, y me supiste ganar; ya no pude negarme.

Recuerdo aquella mirada tuya, tan dulce y triste; llena de legañas y opacada por las cataratas. Tu pelo amarillento y enmarañado, tu boca desdentada con infección, tu evidente falta de cuidado. Eras un saquito de huesos con sordera. Y aun así, cojeando, dabas saltitos voluntariosos que pedían vivir.

Tenías trece años por entonces. Se te operó la boquita, se te arregló el pelo, y pareciste un caballito de algodón trotando en el viento, rebosante de gratitud y alegría.

Yo tenía experiencia con perros abuelitos, y me sirvió de mucho para ayudarte a comer. Poco a poco te fuiste alimentando mejor; ganando fuerza... y también cada día yo me iba enamorando más de ti. ¿Cómo podría haber sido de otra forma? Lo que comenzó siendo acogida terminó en adopción. Ese fue el regalo que me hice de cumpleaños, Hugo, quedarme contigo. ¿Ves cómo fui una egoísta? Quería darme la oportunidad de hacerte feliz, y fuiste tú el que me hizo feliz a mí. Yo te quise y te cuidé, y tú me diste tu amor incondicional.

Estuvimos juntos un año y medio. Aprendí tanto de ti... ¡Y cómo tiraste de mí en momentos tan difíciles para ambos! Cambiaste mi vida de arriba abajo. Yo creía que te había salvado, y fuiste tú quien me salvó a mí. Aquello no lo cambiaría por nada, querido

amigo. Siento que pronto estaremos juntos... pero mientras tanto, déjame buscar consuelo con esta carta que quiere honrar tu memoria.

Me preguntan a veces por qué decidí adoptar un perro anciano, alguien que necesitaba cuidados constantes y al que no quedaba mucho tiempo de vida. No entienden como nosotros lo que significa vivir con felicidad los últimos años junto a los seres amados.

Para mí darte esa oportunidad, cuidarte, recibir tu cálido afecto, fue uno de los actos más gratificantes y sanadores de mi existencia. Casi te vi rejuvenecer por días, esperándome paciente y alegremente. Tanto y tanto que me diste... y solo esperabas que te dejase un rincón para dormir tranquilo y un platito de comida. Y unas caricias... y unas palabras de afecto.

Desde entonces creo que uno de los actos de amor hacia los animales más grandes que se pueden hacer, es sacar ancianitos de las perreras. Allí tienen los días contados, para ellos es el infierno en vida. Son condiciones demasiado duras y extremas para morir.

Fuimos felices estando juntos, el uno consuelo del otro, motor, aliento, caricia. Hasta que un día tu cuerpecito comenzó a resentirse de manera más evidente:

tu cabeza ya no funcionaba todo lo bien que debía, casi no podías comer... tu mirada al fin me pedía descanso. No podía dejarte sufrir inútilmente. Pero no imaginas cuán dolorosa fue esa decisión. Fueron momentos tan duros...

No te fuiste solo, mi querido amigo. No quise dejarte en una fría camilla con el veterinario. No habría sido justo para ti, cuando más necesario te era mi contacto, ese contacto que tanto amabas.

Mis lágrimas te acompañaron, mi corazón latía con el tuyo hasta tu último aliento, y cuando cerraste los ojos te los llevaste al arcoíris cargaditos de amor y cuidados. Esos cuidados que todos necesitamos en los momentos más vulnerables de nuestras vidas, en el amor de nuestros seres queridos, y que yo traté de darte con todo mi corazón.

Hoy quiero mandarte esta carta en las alas de una sonrisa que vuela hasta donde sé que me esperas, para recibirme cuando yo también, colmada de gratitud, alcance el arcoíris que atravesaremos juntos, para siempre jamás.

Hasta pronto, hasta siempre mi dulce y tierno Hugo.





*y lo que parecía el final...
se convirtió en el principio*

Alba y Yolanda están tomando café en una terraza de bar, al atardecer, después de un fatigoso día de trabajo. Alba tiene un delgado libro en las manos y lo hojea satisfecha:

—Ha sido una locura, ¿verdad? Pero aquí está.

—Sí —responde Yolanda soltando una carcajada—, como casi todos nuestros proyectos.

—Cierto —ríe la otra—. Pero hemos aprendido tanto... Era justo compartirlo.

—Justo y adecuado. —Yolanda sonrío y deja escapar un suspiro—. Nuestro primer proyecto en común.

—O al menos la primera idea loca que se nos ocurrió.

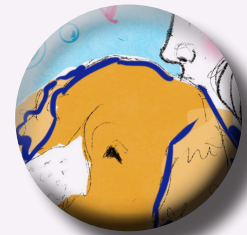
Nuevamente risas. El sol deja una estela tibia y reconfortante en la tarde que acaba. Las amigas apuran su bebida, entre palabras que traen recuerdos y silencios breves que plantan esperanzas de futuro.

Todo comenzó dos años atrás, cuando se conocieron haciendo un curso de terapia asistida con animales. La una no tenía ni idea de perros, pero llevaba muchos años haciendo terapia y la otra no tenía ni idea de terapia, pero llevaba muchos años trabajando con perros; parecía un tándem perfecto. Pero lo que a priori parece perfecto suele no serlo tanto. Ambas tenían algo más en común: una humildad poco entrenada. La que no tenía ni idea de perros se moría de la envidia porque carecía de los conocimientos de la otra, y viceversa. Con estas premisas se dedicaron a competir entre ellas, en lugar de hacer lo más indicado: aunar conocimientos y aptitudes.

Así se fueron alejando la una de la otra, y a causa de ello, perdiendo la posibilidad de colaborar, enriquecerse y crecer.

Tenían todo un año de curso formativo por delante y el grupo de alumnas del que formaban parte comenzó a quedar para el desayuno, antes de las clases, así que ellas se vieron obligadas a departir juntas.

Y así, entre cafés y tostadas de pan con tomate, empezaron a hablarse, y poco a poco se fueron dando cuenta de que no eran tan irreconciliables, después de todo. Y casi sin apercibirse, empezaron a compartir algo más que anécdotas, historias y café con tostadas.





La una le daba clases prácticas de adiestramiento a la otra, y ésta a su vez, intentaba aclararle a su amiga aquellas cosas, para ella más familiares, que algún que otro profesor no acertó a expresar con claridad. Y lo más importante: empezaron a apoyarse mutuamente, a darse ánimos, a levantarse juntas tras cada tropiezo.



Llegó un día en el que una decidió adoptar un perrito, pero tenía muchas dudas ¿Estaba preparada? ¿Iba a tener tiempo? ¿Ese perrito estaría bien con ella? Y allí estuvo su compañera, apoyándola en todo momento, animándola sin mostrar la más mínima desconfianza en sus capacidades. Así fue como llegó Melón, que no vendría solo; traería consigo un regalo: un vínculo. Un vínculo que plantó entre las dos, y lo plantó tan bien, que estaban convencidas de que nada podría romperlo.



El curso terminó y cada una prosiguió con sus respectivas vidas en Aceuchal y Madrid. Todo parecía indicar que la distancia se empeñaría en atenuar la intensidad de la relación, quizá hasta perder el contacto. Pero no. Las llamadas eran constantes, porque seguía la colaboración: dudas de adiestramiento o sobre cómo plasmar en papel un proyecto, o simplemente porque una o las dos buscaban un apoyo para continuar. Las conversaciones se mantenían a diario, y así, poco a poco, fueron encontrando respuestas. Estaban empezando una nueva vida personal y laboral por separado, cada una en una ciudad en la que se sentían solas y sin recursos económicos, aunque las ideas les sobraban.

De forma paulatina creció la consciencia de que el destino les estaba brindando una oportunidad: la de colaborar y unificar ideas y proyectos. Pero encontraban un gran obstáculo: la distancia.

—Vente a Badajoz.

—Que no, que eres tú la que se tiene que venir a Madrid.



Ninguna de las dos estaba dispuesta a dar su brazo a torcer, así que parecía una misión imposible “¿Cómo? ¿Imposible?” A dos espíritus emprendedores no hay más que formularles un reto para que se pongan las pilas. Así que planteado el reto, se afanaron en convertir lo imposible en realidad.

Este libro es su primer proyecto, su primera realidad en común, porque decidieron que la distancia no era impedimento suficiente para aniquilar sus sueños.

—¿Te das cuenta de todo lo que hemos aprendido?

—Que los prejuicios, las envidias y la competencia nos separan y nos hacen ser más pequeñas.

—Nos limitan y nos ponen barreras.

—O fortalecen las que ya teníamos.

—Decididamente, no nos podemos guardar esta experiencia para nosotras solas.

—De ningún modo.

—Hasta mañana, amiga mía.

—Hasta mañana.

**La ayuda mutua, la humildad y el respeto, la gratitud;
nos hacen crecer, nos facilitan el aprendizaje y nos allanan el camino
para seguir avanzando, siempre hacia delante.**

*¡Gracias por todo
y por tanto!*



